

# EL GRITO DEL PALLETER

Verdaderamente el hombre es una contradicción andante. Sin marchar demasiado lejos, yo – el bípedo implume que tengo más a mano – jamás he logrado alinear tres en raya mi corazón, la cabeza... ¡y el bolsillo! Hace años que mi pensamiento levanta como un juego de naipes su guillotina radical en un teatro de marionetas de pega; tumbado “*sanchopancescamente*” en el verde sofá del amplio salón decimonónico - con unas cómodas, calientes, confortables pantuflas de andar por casa - medito distraídamente sobre el espíritu progresivo de todas las revoluciones que en el mundo han sido... El hogar – ya se sabe - es el castillo del vendedor de seguros con seguro de desempleo; del dueño de la aseguradora; del intelectual a sueldo seguro con ideas inseguras y también, por supuesto, el refugio sagrado del burgués conservador una vez completada la jornada. Mi casa tiene algunas goteras, mi cuerpo algunas cañerías obstruidas... A medida que envejezco, sin la libertad de parar o dejar ir el sol en su diaria carrera, conservo vivos en la memoria más recuerdos, pero menos certezas, y llevo encima los cadáveres putrefactos de todos aquellos hombres que, un día, fui o fueron yo también...

Esta mañana he visto, desde la barrera, una recreación histórica que conmemora la defensa de Valencia ante las tropas de Napoleón hace ya la friolera de dos siglos. En torno de las medievales Torres de Cuarte – mordisqueadas aún hoy por los viejos cañonazos galos – unos “patriotas” levantinos luchaban a muerte para salvar a la patria desdichada de la enorme codicia del emperador francés que restauró nuevamente el Orden después de haber atizado previamente las llamas de la Libertad. Pero esta vez los tiros eran de mentira y la pólvora de artificio. Como en las batallas incruentas de “Moros y cristianos”, el espíritu fallero nunca falla a la hora de hallar una salida provechosa a los excedentes de la pólvora sobrante de aquella otra fiesta convertida en metáfora de la vida y que culmina en la noche de la “*cremá*”.

El grito del Palleter me ha traído a la memoria los Sitios de mi querida ciudad natal, la gloriosa resistencia en la venerable puerta del Carmen de esa valiente mujer barcelonesa y catalana a la que

se conoce curiosamente como Agustina... de Aragón. He crecido oyendo cantar en vibrantes jotas el viejísimo credo nacionalista y católico de mi patria: “*La Virgen del Pilar dicee... que no quiere ser francesaa...*”. He leído apasionadamente en mi adolescencia al discreto Balmes, al ardiente campeón del dogma católico, el cántabro Menéndez Pelayo. Los dueños y señores de la sempiterna España eterna nos brindaban a los educandos en ediciones populares tales alimentos saludables para la salvación de cualquier barquilla dispuesta a lanzarse al mar de la vida en busca de una sardina. Y, sin embargo...

También en mis venas de “patriota” corrían algunas gotas de sangre jacobina... Después de todo, entre los hijos del 14 de julio y los herederos del 18 de julio solamente hay cuatro días de diferencia en el calendario: los cuatro días que pasamos en este calabozo de la vida a la espera de subir al cadalso... O tomamos de jóvenes la Bastilla o nos tragamos ya de viejos el *tragalá* de todas las pastillas de tantos colores como banderas. Yo puedo entender el desgarrar de aquellos *afrancesados* obligados a elegir entre un imbécil tirano nacido de este lado de los Pirineos y el hermano beodo de un advenedizo invasor extranjero que vino al mundo por azar un poco más allá de tal raya... Pero ¿acaso todos los Borbones o los Austrias no son también unos franceses o germanos que subieron al trono sobre la sangre española derramada para mantener tal o cual soberano legitimado por la ley eterna de los vencedores?

He oído esta mañana tocar los compases de la terrible Marsellesa y me he emocionado; he escuchado el himno de la españolísima Marcha Real y también me he emocionado... Y, como el general Riego, no he sabido si embarcarme para sofocar una revuelta de traidores a la vieja España o acaso quemar las naves en busca de una nueva España en la que ningún grandísimo hijo de Fraga llame traidores a la patria a ningún otro español que piensa de manera distinta sobre las cosas o las causas secundarias de la cosa pública.

Y mientras sonaban en el aire aquellos tiros fingidos de aquel teatrillo histórico ambulante he oído a mi hija – la patria es la tierra de los hijos – cómo cantaba esta cancioncilla aprendida de unos chicos envueltos en una bandera rojigualda: “¡*A por ellos, oe, a por ellos oe...*!”. Entonces lo he visto claro: aunque el mundo sea un globo al que la globalización encoge y arruga siempre la vida consiste en dar patadas a una pelota llevando la camiseta de un equipo... Menos mal que la civilización transforma la pólvora del cañón en una traca festiva y el sacrificio de Isaac en el sacrificio

incruento de esas misas dominicales que bien valen la ciudad de París, la tumba de Napoleón y todos los inválidos de todas las guerras...

Un Dios que se rebaja hasta la altura del hombre – la sangre de la vida convertida por cariño en vino de Cariñena – es algo similar a esas barricadas de pólvora que esta mañana me ha recordado la única verdad que yace bajo cualquier juego de lúdica barricada: “Eres polvo, Pablo”. Y Quevedo, el genial cojo, me ha cogido de la manga de la camisa susurrándome muy bajito al oído: “*Polvo, sí, ciertamente, mas polvo enamorado...*”.

Tú, querida Zoe (“*A por ellos, oe...*”), tú en la que no corre la sangre de Viriato ni gota de sangre goda, tú que has sido trasplantada desde el lejano oriente del planeta para orientarme y desorientarme aquí en este occidente de mi existencia, tú me haces ver hoy que el lema cuartelario y tres veces cornudo “Todo por la patria” no puede significar otra cosa que “Todo por la libertad”. Líbranos, Señor, libra a tus ovejas de todos los pastores a los que no tenemos, como niños eternos, la libertad adulta de elegir y rechazar en la Gran Repub